

En busca de la “Ana Veldford” de Lourdes Casal: exilio, sexualidad y cubanía

Yolanda Martínez-San Miguel y Frances Negrón-Muntaner

*A treinta años de la publicación de este texto clave de la literatura cubana
y cubanoamericana.*

Pero Nueva York no fue la ciudad de mi infancia,
no fue aquí que adquirí las primeras certidumbres,
no está aquí el rincón de mi primera caída,
ni el silbido lacerante que marcaba las noches.
Por eso siempre permaneceré al margen,
una extraña entre las piedras,
aún bajo el sol amable de este día de verano,
como ya para siempre permaneceré extranjera,
aún cuando regrese a la ciudad de mi infancia,
cargando esta marginalidad inmune a todos los retornos,
demasiado habanera para ser newyorkina,
demasiado newyorkina para ser,
—aún volver a ser—
cualquier otra cosa.
LOURDES CASAL,
“Para Ana Veldford” (1981)¹

Como los buenos relatos de misterio, todo empezó con una pregunta que —al menos de entrada— no tenía respuesta. Era el otoño del 2003. Nos encontrábamos discutiendo por separado “Para Ana Veldford”, un poema paradigmático de la literatura cubana, cubanoamericana y latina escrito por la activista exiliada Lourdes Casal. Durante lo que parecía ser una discusión común y corriente en clase, una de las estudiantes de Frances, Shelley Díaz, hizo una pregunta engañosamente simple: “¿Quién es Ana Veldford?”.

¹ Citamos aquí la versión del poema que se publicó en *Palabras juntan revolución*, porque ésta es la versión oficial y la más citada del poema. Es también la versión que populariza

Tras pasar buena parte del semestre señalándoles a los estudiantes la importancia de analizar el título de un texto literario para desentrañar la complejidad de sus significados, Frances tuvo que admitir que no sabía quién era Ana Veldford, ni si el título se refería al nombre de una persona real. Apropiadamente, la clase terminó con la promesa de que Frances averiguaría la información solicitada, y ese mismo día se comunicó con Yolanda. Para nuestro asombro, a pesar de haber leído docenas de artículos sobre la obra de Casal, e incluso tras haber escrito sobre el poema, ninguna de las dos sabía la respuesta.

La falta de comentarios sobre el título de este texto contrasta significativamente con la ubicuidad de este poema en una amplia gama de contextos culturales. Desde Cuba, el escritor y director de cine Jesús Díaz incluyó el poema en una de las escenas más intensas de su película *Lejanía* (1985). Se trata del momento en que los dos primos —Rey, quien permaneció en Cuba, y Ana, que se fue con su familia a vivir a los Estados Unidos— conversan sobre sus destinos divergentes. Ana le recita a Rey las estrofas finales del poema mientras los dos miran el perfil de La Habana desde el techo del hogar familiar. En 1994, Ruth Behar y Juan León editaron dos volúmenes de la revista *Michigan Quarterly Review* en los que se incluyó el poema de Casal, y la edición de Behar en forma de libro —titulada *Bridges to Cuba*— comienza con una traducción del poema al inglés. Más recientemente, la escritora Ena Lucía Portela utilizó uno de los versos como título de su colección de cuentos *Una extraña entre las piedras* (1999).

La historia impresa de “Para Ana Veldford” comenzó en 1976 con su publicación en *Areíto*, revista editada en Estados Unidos por un grupo de jóvenes cubanos. Se incluyó luego en la colección *Palabras juntan revolución*, el primer libro de una cubana residente en Estados Unidos en recibir el Premio Casa de Las Américas bajo la categoría de poesía. Aunque se trata de un poema breve, del texto se recuerdan particularmente sus últimos cinco versos, que conmovieron a muchos lectores por su crítica a las construcciones de identidad basadas en oposiciones binarias:

el error ortográfico en el título del poema que margina a la verdadera Anna del panorama intelectual de los estudios caribeños y cubanos. Existen algunas diferencias entre la versión del poema publicado en *Areíto* en 1976 (reproducido aquí en la p. xx) y el texto del 1981. Su estudio, en el futuro, sería interesante para analizar si resultan significativas en la reinterpretación de este poema.

Para Ana Velthfort

Por Lourdes Casal

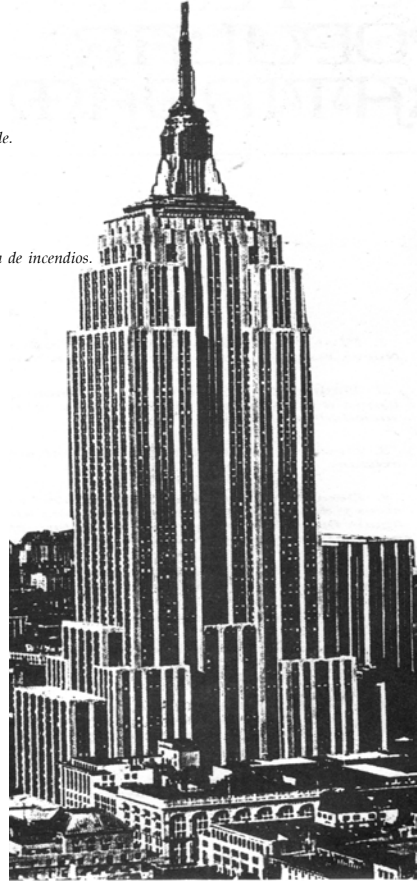
*Nunca el verano en Provincetown
y aun en esta tarde tan limpia
(tan poco usual para Nueva York)
es desde la ventana del autobús que contemplo
la serenidad de la hierba en el parque a lo largo del Riverside
y el desenfado de todos los veraneantes que descansan sobre ajadas frazadas;
de los que juegetean con las bicicletas por los trillos.
Permanezco tan extranjera detrás del cristal protector como aquel invierno*

*—fin de semana inesperado—
cuando enfrente por primera vez la nieve en Vermont.
Y sin embargo, Nueva York es mi casa.
Soy ferozmente leal a esta adquirida patria chica.
Por Nueva York soy extranjera ya en cualquier otra parte,
fiero orgullo de los perfumes que nos asaltan por cualquier calle del West Side.*

*marihuana y el olor a cerveza
y el tufo de los orines de perro
y la salvaje vitalidad de Santana
descendiendo sobre nosotros
desde una bocina que truena improbablemente balanceada sobre una escalera de incendios.*

*La gloria ruidosa de Nueva York en verano,
el Parque Central y nosotros,
los pobres,
que hemos heredado el lago del lado norte,
y Harlem rema en la laxitud de esta tarde morosa.
El autobús se desliza perezosamente
hacia abajo, por la Quinta Avenida,
y frente a mí el joven barbudo
que carga una pila enorme de libros de la Biblioteca Pública
y parece
como si se pudiera tocar el verano en la frente sudorosa del ciclista*

*que viaja agarrado de mi ventanilla.
Pero Nueva York no fue la ciudad de mi infancia,
no fue aquí que adquirí las primeras certidumbres,
no está aquí el rincón de mi primera caída
ni el silbido lacerante que marcaba las noches.
Por eso siempre permaneceré al margen,
una extraña entre estas piedras,
aun bajo el sol amable de este día de verano,
como ya para siempre permaneceré extranjera,
aun cuando regrese a la ciudad de mi infancia.
Cargo esta marginalidad inmune a todos los retornos,
demasiado habanera para ser neoyorkina,
demasiado neoyorkina para ser,
—aun volver a ser—
cualquier otra cosa.*



Publicación original del poema en *Areíto* en el verano de 1976.²

² Todas las imágenes son cortesía de Anna Velthfort.

cargo esta marginalidad inmune a todos los retornos,
 demasiado habanera para ser neoyorkina,
 demasiado neoyorkina para ser,
 —aun volver a ser—
 cualquier otra cosa (61) .

Más que la elocuencia de la poeta, es precisamente el silencio que ha rodeado el título del poema, lo que resultó clave para descifrar las dos tramas que se imbrican en el texto de Casal, y que en raras ocasiones se estudian conjuntamente: la diáspora cubana y el lesbianismo.

La mujer en el título

Durante casi un mes nos dedicamos a comunicarnos con todas las personas que imaginábamos que podrían ayudarnos a resolver este misterio. Se enviaron correos electrónicos a Florida, Michigan, New Jersey, Cuba y Puerto Rico. A vuelta de correo recibimos hechos, especulaciones, mitos, insinuaciones junto con la sensación inequívoca de que la respuesta que buscábamos era ampliamente conocida, aunque no se había publicado nunca. Una de las señales de esta incongruencia se hizo evidente de inmediato por medio de un detalle peculiar. Cada uno de nuestros corresponsales deletreaba los nombres de Ana Veldford de distinta manera: Anna o Ana, Velford, Velfort o Veltfort. Aunque esto no era un fenómeno nuevo, se convirtió en la primera pista que nos llevó a pensar que quizá “Ana Veldford” era más que un alter ego o una musa imaginaria. Por ejemplo, una edición especial de *Areíto* dedicada póstumamente a Casal (1981) incluye más de una versión del título del poema. El escritor y amigo cubano de Casal, Jesús Díaz, escribe el título como “Para Ana Veltfort” (con dos “t”), mientras que otros lo titulan “Para Ana Velford” (con una sola “d”). Al mismo tiempo, aunque en la primera publicación del poema en *Areíto* el apellido de Ana está escrito “Veltfort” —correctamente, descubriríamos luego— en algún momento el título del texto se canonizó como “Para Ana Veldford”, tal como aparece en *Palabras juntan revolución*. Como si la inestabilidad ortográfica se resistiera a desaparecer, aún hoy persisten versiones diferentes del título. En Estados Unidos, por ejemplo, “Veldford” es la forma estándar, como se observa en textos tales como *The Latino Reader*, mientras que en la antología *Las palabras son islas* publicada por Jorge Luis Arcos en Cuba en 1999, el título se incluye como “Para Anna Veltfort”, con una “n” adicional en “Anna” y, de nuevo, dos “t”.

Las diversas variantes ortográficas del nombre de la musa resultan de por sí un enigma, puesto que el círculo de personas que escribieron, comen-

taron, publicaron e incluso premiaron el poema era reducido, y hasta estaban en contacto. Así como se corrigieron de inmediato otras faltas ortográficas en la versión del poema incluida en *Palabras...*—tales como “citalidad de Santana”, que debió decir “vitalidad de Santana”—¿por qué no ocurrió lo propio con el título, una parte tan importante de una obra literaria y, para colmo, del poema más conocido de Casal? Una vez que pudimos confirmar que Anna era una persona *de carne y hueso*, nuestras preguntas se volcaron entonces hacia la autora: dado que Casal conocía la ortografía correcta del nombre de Anna, ¿era ésta una forma de protegerla de los académicos y de otros intrusos? ¿O era “Ana Veldford” un nombre peligroso?

Algunos catalogan este error ortográfico —así como el que no se corrigiera por casi veinte años— como un simple descuido. Tal vez. Casal terminó el libro en el que se incluyó “Para Ana Veldford” cuando estaba a punto de morir. En ese momento la escritora trabajó frecuentemente con asistentes, a quienes dictaba sus textos y correcciones porque estaba casi totalmente ciega. Debido a su enfermedad, es posible que Casal no pudiera revisar su manuscrito minuciosamente; o tal vez ya tampoco le importaba lo que alguien pudiera pensar de su dedicatoria a Veldfort. Por otra parte, en la pronunciación cubana, Anna Veldfort suena como Ana Veldford, Velford o Velfor, sonidos quizá más cercanos al sentir de la musa. Aun así, después de haber hablado con Anna Veldfort y de reunir el testimonio de docenas de personas, las incongruencias entre las distintas versiones ortográficas del nombre son emblemáticas, no sólo de una identificación compleja y profunda, sino también de la inestabilidad del sujeto mismo. Y quizá sea justamente por eso que esta historia, aunque conocida, nunca se había revelado por escrito.

La musa y la poeta

Tan pronto como la estudiante hizo su pregunta, formulamos la hipótesis de que Veldfort y Casal tendrían que haber sido amigas íntimas, quizá amantes, y que por eso el poema tenía un título en forma de dedicatoria sobre la que muy pocos querían comentar. Ambas teorías fueron desechadas rápidamente después de hablar con la misma Veldfort y con otros allegados. En su lugar se reveló la fascinante historia de quién es la verdadera Anna y qué fue lo que compartieron la musa y la poeta —así como lo que no compartían.

Aprendimos poco a poco que si bien de primera instancia parecía que Veldfort y Casal no podían haber sido más distintas, el texto de Casal y su



Anna Veltfort en la década de 1970.

dedicatoria a Veltfort explican las maneras sutiles en que se sentían identificadas. Cuando Casal conoció a Anna, Veltfort era una belleza nórdica, una rubia de ojos azules, esbelta que, por otra parte, no era simplemente eso. Como recuerda una amiga cubana de ambas, siempre era impresionante ver y escuchar a Anna Veltfort porque era “esta gringa hablando como cubana”. En más de un sentido, Veltfort era el reverso de Casal, la *cubana* que también podía hablar como gringa. No obstante, la hibridez de Veltfort iba más allá de la lengua, para incluir sus múltiples desplazamientos en viajes desde su Alemania nativa hasta la ciudad de Nueva York, Cuba, y finalmente su regreso y prolongada estancia en Manhattan.

Los datos biográficos básicos insinúan contrastes sustanciales. Casal nació en La Habana en 1938 y se exilió en los Estados Unidos en 1962; Veltfort nació en 1945, poco después de la Segunda Guerra Mundial y emigró a Cuba en 1962. Tanto la madre de Veltfort como su padre biológico eran alemanes. Después de que se acabó la guerra, Anna se mudó a los Estados

Unidos con su madre, quien se casó con un estadounidense, Ted Veltfort. Su padre adoptivo había sido soldado de las Brigadas Internacionales Abraham Lincoln en la guerra civil española, por lo que Veltfort creció como una “red diaper baby” (literalmente “bebé de pañales rojos”, lo cual quiere decir que era hija de padres comunistas) cuya vida estuvo íntimamente vinculada con la revolución.

Aunque al principio se opuso a la revolución, Casal se convirtió luego en una fuerza crucial en la reconciliación de los cubanos residentes en la isla con los que radicaban en el exterior. Además de la publicación de *Areíto* (1974), Casal participó del “diálogo”, movimiento que incluyó grupos como el Instituto de Estudios Cubanos, publicaciones como la *Revista Nueva Generación* (década de los sesenta), así como la legendaria Brigada Antonio Maceo, que organizó grupos de jóvenes exiliados cubanos interesados en visitar la isla para formular su propia opinión acerca de la revolución. El objetivo de estos proyectos era que los jóvenes exiliados cubanos logaran “reinjer-tarse de alguna forma en el proceso histórico de la revolución” (Grupo Areíto 1978: 10). Este interés estaba mediado por una resistencia a asimilarse a la sociedad estadounidense, el rechazo de los valores más conservadores de la comunidad cubana y por una identificación con el discurso radical de la izquierda americana y de la revolución cubana.

Veltfort, por su parte, tuvo poco que ver con su decisión de convertirse en revolucionaria. Con el estallido de la revolución cubana, su padrastro Ted Veltfort sintió la misma identificación política que lo llevó a participar en la guerra civil española, y se mudó con su familia a La Habana. En aquel momento, Anna sólo tenía dieciséis años. A pesar de las muchas diferencias en cuanto a sus trasfondos raciales, de clase y culturales, el cuerpo de Lourdes, como el de Veltfort, narra historias de múltiples migraciones.

Casal era de piel morena, pelo rizado y “ojos achinados”, lo que llevó a Jesús Díaz a decir que “La mano de Lourdes es china, es negra, es blanca, es decir, es cubana” (“Homenaje a Lourdes Casal” 1981: 7). El escritor Miguel Barnet también aludió a las diversas culturas que constituían a Casal cuando la describió como “limpia y humilde, como si los oráculos del *I Ching* y el *Ifá* hubieran preservado para ella las fórmulas más preciadas” (“Homenaje...”: 16). Como la misma Casal sugiere en su cuento “Los fundadores: Alfonso”, donde alude al tráfico de trabajadores desde China al continente americano durante el siglo diecinueve, su cuerpo —como el de Veltfort— era transcultural y transoceánico. Al dedicarle este poema a Anna Veltfort, Casal reconocía la afinidad en medio de la diferencia, sugiriendo que cierta

sensación de estar “fuera de lugar” puede forjarse a través de experiencias de desplazamiento muy distintas. En sus versos, esa dislocación del exilio se describe como ese lugar “donde no existe casa alguna/en la que hayamos sido niños” (Casal 1981: 31). En este sentido, pareciera que Casal tituló el poema con el nombre de Anna porque, aun cuando no eran amigas cercanas, en las instancias en que compartieron, hablaron con frecuencia de su condición afín de sentirse extranjeras virtualmente en cualquier lugar. No obstante, el hecho de que Casal decidiera dedicarle su texto a Veltfort, en vez de dedicárselo a tantos otros cubanoamericanos con quienes compartía una dislocación similar, podría interpretarse de varias maneras. A lo mejor, Casal sólo quería rendirle tributo a su fructífero diálogo con Veltfort o reconocer la complejidad del proceso de identificación ilustrado por sus vivencias. Pero tal vez quiso también consignar aquello que había silenciado consistentemente en sus escritos y en su activismo político: su sexualidad lesbiana. Y si, según dijera su amigo Ricardo Diez, una de sus formas predilectas de comenzar una oración era con la frase “Tengo una fantasía” (“Homenaje...”: 23), uno puede fantasear también que esta dedicatoria a Veltfort funcionó como una máscara que involuntariamente revela la experiencia traumática sufrida por Anna como lesbiana joven en La Habana, vivencia que, de acuerdo con algunos, la convirtió en una “leyenda lésbica”.

Una leyenda lésbica en La Habana

Al observar las fotografías de Anna Veltfort durante las décadas de los sesenta y setenta, uno podría concluir que su reclamo de la condición de “legendaria” reside en su cultivo peculiar de un estilo lésbico o en la rareza de ser una gringa cubana en La Habana. Pero, poco a poco, descubrimos otra explicación completamente inesperada. Ocurrió en 1967. Una Veltfort de veintidós años caminaba por el malecón con una amiga de la universidad, cuando unos hombres las invitaron a salir y pasar “un buen rato”. Cuando Veltfort y su amiga rechazaron la oferta, los hombres las sometieron a una serie de insultos homofóbicos y luego las agredieron físicamente. La policía intervino en el conflicto y los llevó a todos a un retén. Más tarde, el caso fue a juicio, aunque nunca se resolvió. Después de varios años de vivir con miedo, de descubrir quiénes eran sus aliados y enemigos, y tras finalizar sus estudios universitarios en la Universidad de La Habana, Veltfort finalmente obtuvo permiso para salir de Cuba y en el otoño de 1972 se estableció en Nueva York.

La experiencia de Veltfort fue a la vez única y común. Común, pues a pesar de que fueron muchos los hombres y mujeres homosexuales que apoyaron abiertamente la revolución, el estado identificó la homosexualidad como una de las “condiciones” que la revolución trataría de “purgar” del nuevo orden social, comenzando con las redadas masivas de 1961 en los vecindarios de La Habana, en busca de “pederastas, prostitutas y chulos” (Bejel 2001: 97-99). Según se ha comentado ampliamente, la culminación de esta política fue la organización de las UMAP o las Unidades Militares de Ayuda a la Producción en 1965, que funcionaron como campos de trabajo forzado. En estos campamentos, las autoridades internaron a aquellos que consideraban “indeseables” o “antisociales”, incluyendo en estos rubros a los católicos militantes, a los testigos de Jehová —cuyas creencias religiosas les impedían participar en el servicio militar— y a los homosexuales, a quienes se consideraba ineptos. De acuerdo con los funcionarios de estado, el objetivo era transformar a estos grupos dispares en miembros “productivos” de la sociedad, en línea con las ideologías patriarcales y revolucionarias, y con las expectativas laborales del estado.

Las razones que llevaron a que estas prácticas estatales de coerción contra los hombres homosexuales se institucionalizaran, remiten a órdenes simbólicos, políticos y económicos. Por un lado, el estado revolucionario representó “la Cuba burguesa” como un espacio de “penetración” del capital estadounidense, que incluía actividades económicas “ilícitas” como los juegos de azar, la droga y la prostitución, y se adujo que estas actividades hacían a la isla vulnerable a la manipulación extranjera. Como se alegaba que algunos hombres recibían “trato preferencial” en la contratación de estas industrias, y como de hecho muchos turistas americanos veían La Habana como un “parque de recreo sexual”, para algunos sectores los homosexuales llegaron a encarnar literalmente la afeminación, los excesos y la corrupción del viejo régimen (Argüelles y Rich 1990: 449; Epps 1995: 238; Young 1972: 210).

Asimismo, como los hombres gays (en referencia a los homosexuales “pasivos”) eran considerados inherentemente afeminados y vinculados con los Estados Unidos, se les percibía como incapaces de resistir la agresión estadounidense, e incompatibles con la creación del “hombre nuevo” según lo concibiera el Che Guevara. Por tanto, la atención excesiva dirigida a los hombres homosexuales se relacionaba con una economía simbólica tanto nacional como transnacional, en la que el estado cubano intentó *suprimir* la visibilidad gay en el extranjero a fin de promover “una imagen agresiva de

la masculinidad [cubana] para poder combatir el imperialismo eficazmente" (Young 1972: 211). Por otro lado, la transformación de los miedos y ansiedades en una política estatal contra los homosexuales se debió a la confluencia de los discursos estadounidense, cubano y soviético que definían esta preferencia sexual como una enfermedad, un pecado y una perversión, respectivamente. La adopción por parte del liderato revolucionario de las nociones estalinistas sobre la homosexualidad transformó la misma en "un crimen en contra de la masculinidad y el estado" (Epps 1995: 238). A la vez, la relativa facilidad con que muchos cubanos apoyaron estas políticas —o se mantuvieron indiferentes— sugiere cómo las opiniones hegemónicas sobre la sexualidad todavía se fundamentaban en discursos católicos y nacionalistas homofóbicos que no fueron problematizados por el proceso revolucionario. Al contrario, el nuevo liderato aprovechó estos prejuicios ya comunes para rechazar los reclamos de sujetos subalternos —como las mujeres, los homosexuales y los jóvenes— al mismo tiempo que se controlaba la disidencia de grupos alegadamente anti-revolucionarios. Al final, las protestas en el nivel internacional y las disensiones internas lograron que los campos de trabajo forzado se cerraran en 1967. El estado asumió entonces un proceso gradual de "rectificación" que catalogó como un "error" las medidas más drásticas del gobierno y la UMAP.

Sin embargo, a pesar de que las persecuciones más drásticas y visibles contra los homosexuales disminuyeron, el estado aún conservó el poder de definir, excluir, purgar, humillar y marginar a los gays no conformistas. Este poder se utilizó no sólo para controlar la formación de una esfera pública "gay", sino también para limitar el empleo de algunas personas en escuelas, universidades y organizaciones culturales. La represión institucionalizada en Cuba se ha representado tradicionalmente como un caso único de marginación social y criminalización de minorías sexuales. Incluso uno de los referentes comunes para criticar estas prácticas es establecer paralelismos entre la situación de la comunidad gay cubana durante las décadas de los sesenta y setenta y la represión de los judíos durante el holocausto. Sin embargo, es relevante señalar que la lógica del estado cubano no estuvo completamente aislada de la del resto del continente americano durante este periodo, por lo que es preciso considerar un contexto aún más amplio para entender la experiencia de Veltfort.

Justo después del periodo de McCarthy, en los Estados Unidos la homosexualidad fue concebida como una "conducta desordenada" y como amenaza nacional, al punto de que se ha observado que la "ansiedad política

norteamericana se expresa en los mismos términos sociosexuales que la cubana" (Epps 1995: 240). En el contexto de Latinoamérica y el Caribe, durante la década de 1970, Cuba utilizó las mismas prácticas de criminalización o medicalización de la homosexualidad que encontramos en países como Chile, Puerto Rico y Brasil (Bejel 2001: 106; Lumsden 1996: 80; Crespo-Kebler 2003: 208). Estos puntos de contacto en cuanto a las prácticas oficiales nos permiten abordar la represión legal, gubernamental e institucional concebida en un sistema más amplio que usa la alteridad sexual como un pretexto para privilegiar la nacionalidad heteronormativa por encima de otras categorías de sujeto (Quiroga 2000: 118). Si bien la experiencia de Veltfort con las autoridades cubanas fue la experiencia de muchos, ésta representa a la vez una instancia poco común, pues involucra a mujeres lesbianas y no a hombres homosexuales. A pesar de que las lesbianas también sufrieron actos de persecución en Cuba —como lo evidencia, por ejemplo, el caso de la dramaturga Ana María Simó— y de que el lesbianismo fue "considerado como una afrenta tan seria a la llamada moralidad revolucionaria como la homosexualidad masculina" (Young 1981: 72), las políticas homofóbicas afectaron a muchos más hombres que mujeres.

Como han apuntado Argüelles y Rich, "los homosexuales varones fueron reclutados para los campamentos, mientras que las lesbianas, por su relativa invisibilidad y el sexismo que impone un trato diferente a las mujeres, no fueron afectadas" (448). En esta coyuntura más específica, la dedicatoria de Casal a Veltfort suscita preguntas aún más urgentes. Pues, ¿por qué Lourdes Casal, una mujer comprometida incondicionalmente con la revolución cubana, aludió a Veltfort, quien, a pesar de ser revolucionaria pertenecía a un grupo que había sido objeto de persecución estatal? ¿Por qué Casal, cuyo lesbianismo era aparentemente de conocimiento general, pero quien nunca reclamó esa identidad como parte de su agenda política, dedicó su poema más importante a una mujer que se hizo famosa precisamente por ser lesbiana? Algunos estudiosos han planteado al menos dos razones principales por las que Casal nunca reveló públicamente su identificación sexual ni criticó la persecución estatal de las lesbianas y homosexuales en Cuba. Primero, porque no quería darles más municiones a los que se oponían a la revolución "para atacar a Cuba". En este respecto, Casal compartía la opinión de otros homosexuales y lesbianas de izquierda radicados fuera de Cuba, quienes planteaban que "los gays cubanos y los amigos de Cuba fuera de la isla que quieran criticar a Cuba deben hacerlo 'dentro de la revolución' para no ayudar al enemigo, el imperialismo estadounidense, el

cual siempre amenaza a Cuba” (Young 1972: 225). Al mismo tiempo, Casal no quería comprometer sus propios esfuerzos en favor del diálogo, el cual había promovido mediante la fundación de numerosos proyectos con los que procuró crear puentes entre Cuba y los exiliados que se identificaban con la revolución.

Dolores Prida, compañera de exilio y colaboradora de Casal, ha descrito de la siguiente manera esta disyuntiva de Casal: “Ni Lourdes (ni ninguna otra persona) quería escribir sobre ser lesbiana porque eso afectaría los esfuerzos de diálogo”. Puesto que ser homosexual y revolucionario se entendía no sólo como una contradicción mayúscula, sino como una imposibilidad, Casal optó por validar su cuerpo político y nacional, mientras negaba, silenciaba o difería su sexualidad con el propósito de permanecer “fiel a la revolución” (Epps 1995: 243). Muchos homosexuales y lesbianas residentes en Cuba hicieron exactamente lo mismo: aunque legalmente no se permitía que los homosexuales militaran en el Partido Comunista o el ejército, por ejemplo, muchos de éstos “participaron en trabajos voluntarios y en el servicio militar” (Young 1972: 220). Al mismo tiempo, hay constancia de que durante los años más represivos (1965-1975) se siguieron produciendo y publicando textos de contenido homosexual y homoerótico. En este sentido, no se puede hablar de una sola “experiencia homosexual” en Cuba o entre los homosexuales cubanos. Muchos fueron perseguidos, sin duda, por “ser” gays (aun cuando a menudo ésa no se alegaba como la razón principal) mientras que otros tuvieron vidas públicas muy visibles. En las palabras bastante directas de Alejandro Armengol: “Aunque a nadie se le permitió gritar a los cuatro vientos que era maricón, a un grupo privilegiado se le permitió serlo sin problema” (2003). Al mismo tiempo, la invisibilidad del lesbianismo de Casal es consistente con la condición marginal de la sexualidad femenina, en particular la lésbica, en el contexto de sociedades patriarcales y heteronormativas (LaFountain-Stokes 2002: 18). No sólo hay escasas alusiones a la sexualidad de Casal en los estudios de su obra — aunque escritoras como Ena Lucía Portela lo sugieren en la reapropiación que hacen de su poesía—, sino que en la mayoría de los estudios sobre la homosexualidad cubana, el lesbianismo se relega a notas al calce y a referencias entre paréntesis.

La ausencia de una discusión abierta de la sexualidad de Casal es ejemplo elocuente de la indiferencia, ignorancia y/u hostilidad oficial hacia su lesbianismo, o lo que Victor Fowler ha descrito como la omnipresencia viril del discurso nacional y político cubano (1998a: 5-6). Como es de suponer,

las narrativas de la década del noventa están todavía lidiando con esta marginalidad ambivalente de la experiencia lesbiana en los imaginarios cubano, latinoamericano y latino. Por ejemplo, la novela de la cubanoamericana Achy Obejas, *Memory Mambo*, explora la relación antagónica entre la identidad nacional y la sexual como uno de los elementos catalizadores en la crisis de la relación entre sus personajes Juani y Gina. Victor Fowler también afirma que en “Cinco ventanas del mismo lado”, Sonia Rivera-Valdés representa simbólicamente la relación política entre Cuba y los Estados Unidos por medio de la relación familiar/romántica entre Mayté y Laura. Fowler alude implícitamente al silenciamiento de la homosexualidad cubana al representar a Laura como una cubana de la isla que se niega a verbalizar su relación sexual o afectiva con Mayté, su prima residente en Nueva York (2004). Por tanto, puede decirse que si la homosexualidad es una identidad reprimida en el discurso revolucionario, el lesbianismo es una identidad invisible o desplazada que aún no funda su propia condición de posibilidad.

La obra literaria de Casal también carga con este silencio. Aunque no era un secreto entre sus amigos y colaboradores que Casal era “tortillera”, en su literatura el momento más cercano a una sensibilidad lésbica es su personaje Leonor, a quien describe como “marimacho y rebelde” en el relato “Los fundadores: Alonso”. Y aun en ese caso, el texto sólo le permite a Leonor expresar su inconformidad incorporándola a la lucha de la guerra de independencia, en donde alcanza el rango de teniente y se la representa bebiendo con el mismo abandono atribuido a los hombres. Lo que no hay en ese relato es una representación textual explícita de deseo lésbico; en su lugar se alude al deseo de ser revolucionaria, el cual se codifica en términos transgenéricos. Otro posible obstáculo para la creación de una Casal gay en la esfera pública y literaria puede haber sido el catolicismo. Sin embargo, esta evasión, por parte de una mujer que enfrentó tanta hostilidad que llegó a recibir amenazas de muerte como resultado de sus posturas políticas y que, a menudo, fue descrita como audaz —“atrevida” en la apreciación de Dolores Prida— sugiere que la supresión de su sexualidad fue el precio que tuvo que pagar para poder reconectarse con Cuba. Solo así logró Casal ser reconocida como una “persona” por el gobierno cubano y ser considerada como una intelectual pública revolucionaria. En este sentido, el triunfo político de Casal en los términos en que ella se lo planteó fue rotundo. Privilegiada como pocos, Lourdes fue enterrada en el Panteón de los Emigrados Revolucionarios de La Habana; Roberto Fernández Retamar, intelectual

cubano influyente y uno de los fundadores de Casa de las Américas, leyó su duelo y el mismo Fidel Castro envió la corona que orló su tumba. No cabe duda de que al momento de su muerte el 3 de febrero de 1981, Casal había regresado a casa definitivamente, tal como ella lo había querido. La afinidad entre Casal y Veltfort cifrada en su dislocación cultural y su hibridez —siempre una “extraña entre las piedras”— contrasta significativamente con sus experiencias divergentes como lesbianas en la revolución cubana. Sin haber sido expuesto nunca, aunque viviendo un secreto por todos conocido, Casal se convirtió en una intelectual pública íntimamente vinculada con las palabras, y se la consideraba “rara” sólo por ser una cubana de izquierda residente en Nueva York. Por su parte, Veltfort, fichada como lesbiana por el estado e incapaz de conseguir trabajo en su añorado campo fílmico, por no ser ciudadana cubana, finalmente se fue de la isla para vivir una vida relativamente anónima, excepto por su carrera como diseñadora gráfica e ilustradora de libros. Pero fue precisamente esa “gringa cubana”, que optó por permanecer en silencio y no regresar a vivir a la Cuba que aún ama, la que llegó a significar la identidad *queer* de Casal. Así, dedicarle este poema a Anna Veltfort fue el reconocimiento más explícito —aunque no fuera voluntario— que Casal les legó a sus lectores para revelarles su sexualidad.

Entrevista con Anna Veltfort³

Frances Negrón-Muntaner: Hay un poco de confusión acerca de tu origen. ¿Dónde naciste?

Anna Veltfort: Nací en Alemania en 1945. Mi madre, Leonore Valetton, es alemana, y durante los años cuarenta vivió en Darmstadt, una ciudad pequeña, a unos 30 kilómetros de Frankfurt. Durante la guerra, en la época horrenda de los nazis, mi madre a veces se reunía con un grupo de amigos en una librería local. Da la casualidad que una de las personas en este grupo de estudiantes bohemios era una condesa excéntrica, Sophie von Büdingen, que de vez en cuando sostenía veladas de espiritismo en su castillo. En el otoño de 1944, la RAF bombardeó y destruyó casi 75 por ciento de la ciudad. Como la condesa no pudo regresar a su castillo en el bosque, y como su casa había sido destruida, se quedó unos días en el apartamento pequeño de mi madre y trajo a sus dos hijos, los jóvenes condes. Uno de ellos

³ Transcripción de Kairos Lloberas y traducción del inglés de Katerina Seligmann.

se quedó por seis semanas... y yo nací como resultado de esa estadía.

Yolanda Martínez-San Miguel: ¿Cómo terminaste viviendo en los Estados Unidos?

AV: Yo vivía en Darmstadt con mi madre y visitaba mucho a mi abuela paterna, y de vez en cuando veía a mi padre desde lejos. Cuando yo tenía cinco años, mi madre trabajaba de maestra de primaria, y después entró en un programa que patrocinaba la Unión Americana de Libertades Civiles (ACLU). Ellos querían traer maestros alemanes jóvenes a los Estados Unidos para educarlos en cuanto a la democracia. Como mi madre siempre había sido una criatura poco convencional, se sentía reprimida en Europa y quería dejar atrás la miseria de la Alemania de la posguerra, el caos y el hambre. Así que vino a los Estados Unidos en este viaje organizado por la ACLU y descubrió América mientras yo vivía con mi abuela en su castillo por el verano. Leonore ansiaba regresar a los EUA para quedarse. Le tomó dos años resolverlo todo, y entonces emigramos. Yo tenía siete años cuando llegué a Nueva York de la manera clásica, en un barco.

YMS: ¿Así que tu madre vino a Nueva York a través de la ACLU?

AV: Sólo cuando vino en 1950. Ella regresó a Alemania y me dijo: "¿Sabes qué? Nos vamos a los Estados Unidos". Yo estaba horrorizada. "¿Qué? ¿Me llevas a la tierra de los soldados americanos?" Porque para una niña de Alemania occidental eso eran los americanos. Ellos eran los soldados extranjeros que veíamos en las calles. Pero lo hicimos, ella y yo.

Después de un corto tiempo en Nueva York, nos quedamos con familias de amigos emigrantes, y luego con otros en Washington D.C. y en West Virginia. Poco después ella me mandó a Chicago a vivir con su mejor amiga de Alemania, una judía que había escapado con su familia antes de la guerra. Mientras tanto, mi madre intentó reorganizar su vida, y al final del verano me fue a buscar y nos fuimos a California con un novio que había "adquirido" por el camino, un americano.

FNM: ¿Quién era el "americano"?

AV: Un hombre odioso. Cuando llegamos a California, ella se deshizo de ese novio, afortunadamente, y más tarde conoció a otra persona, Ted Veltfort. Eso fue en 1954. De allí viene mi apellido. Ted Veltfort me adoptó y nos llevó por un rumbo muy diferente. Lenore pensaba que venía a América para dejar atrás la guerra y quizás vivir una vida suburbana tranquila, con hijos y con un jardín. Pues tuvo hijos y un jardín por un tiempo, pero sucedió que Ted era un americano que se había radicalizado en la universidad. Él era un comunista que fue parte de la Brigada Abraham

Lincoln, organizada para combatir a Franco y el fascismo en el 38. No peleó en España, sino que manejaba una ambulancia. Cuando regresó de la guerra cometió lo que para su familia anglosajona, blanca y protestante de alta categoría, era un pecado imperdonable: se casó con una judía. ¡Antes se había casado con una judía y ahora se había convertido en comunista! Fue la oveja negra de su familia y por eso lo aislaron permanentemente. Después vinieron los años de McCarthy. A Ted lo pusieron en una lista negra, primero por ser un “anti-fascista prematuro” en España, y después por ser un “rojo” en los EUA.

FNM: ¿Y a qué se dedicaba él?

AV: Él había estudiado ingeniería electrónica. Pero cuando mi madre lo conoció, vivía de arreglar los radios a la gente en su garaje, porque no podía encontrar trabajo. Cuando sí encontraba uno, como por ejemplo en Phillips, venía un proyecto grande que casi siempre era un contrato militar. Esto llevaba a que se hicieran inspecciones de seguridad, y despedían a cualquier persona identificada como “rojo”.

FNM: Cuando ellos se conocieron, ¿él estaba casado?

AV: No, él se había divorciado cinco años antes. Tenía dos hijas chiquitas de su primer matrimonio. Ellas vivían con su madre. En fin, que por las ideas políticas de Ted y por la guerra fría, Leonore no pudo tener la vida del sueño americano que ella esperaba. En enero de 1959, triunfó la revolución cubana y para Ted esto fue el renacimiento de sus sueños. Había sobrevivido a la guerra en España cuando tantos otros fueron asesinados... y ahora, para él, esto era la continuación del mismo sueño.

FNM: ¿Cuál dirías tú que era ese sueño?

AV: La búsqueda de la justicia social, la igualdad racial, el socialismo. Él idealizaba a la Unión Soviética. Eso era parte del ideal. La guerra civil española dejó una huella profunda en su vida porque él sufrió represión cuando regresó. Después del triunfo de la revolución cubana, le tomó un año convencer a mi madre. “Venderemos la casa. No importa que los niños sean pequeños. Nos mudamos a Cuba.” Mi media hermana era diez años más joven que yo; mi medio hermano, doce años y medio más joven.

FNM: ¿Cuándo llegaste a Cuba?

AV: El 28 de febrero de 1962. Había una comunidad pequeña de expatriados en La Habana en esa época: norteamericanos, sudamericanos, gente de la Europa occidental. Era una escena única. Había todo tipo de personas peculiares: seguidores de Trotsky, tipo obrero-socialistas, personas como Ted de la Brigada Lincoln. Esto incluía alguna gente muy rara que vivía en una

nebulosa, y que pensaba que la aventura revolucionaria curaría sus males y le traería emoción a sus vidas. Y había muchos idealistas y soñadores.

FNM: ¿Cómo se adaptó tu familia a este nuevo lugar?

AV: Al principio nos alojaron en el Hotel Vedado, no muy lejos del Habana Libre, mientras esperábamos que nos asignaran un apartamento. Pasamos unos meses allí. A Ted lo contrataron para trabajar en JUCEPLAN, la “Junta Central de Planificación”, en ese momento bajo la dirección del Che Guevara.

FNM: ¿En qué consistía exactamente su trabajo?

AV: Ted estudió física y economía, y era licenciado en ingeniería electrónica. Yo tengo que confesar que no sé muy bien lo que hacía, pero asistía a muchas reuniones. Esto duró como un año, yo creo. Después consiguió un trabajo enseñando física en la Universidad de La Habana, que también tenía su ración de políticas de oficina...

YMS: ¿Cómo te sentías viviendo en Cuba?

AV: Bueno, yo tenía dieciséis años cuando llegamos. Era una adolescente ingenua... Una semana después de llegar, mi madre me informó que era hora de encontrarme una escuela. Me llevó al Instituto Pre-Universitario del Vedado y me matriculó. Yo estaba muy emocionada con la revolución. Pero también estaba muy atemorizada por ser la niña nueva, otra vez, de tantas formas.

FNM: ¿Hablabas algo de español?

AV: En California yo había tomado clases de español mientras asistía a la escuela intermedia. Podía conjugar bastantes verbos más o menos bien... la nota más alta que sacaba en la escuela era B+. Pero yo había tenido que aprender inglés a los siete años, entonces había experimentado esto antes: llegar sin saber nada, estar totalmente aterrada, y sobrevivir de alguna forma. *Déjà vu*, pero en una época diferente de mi vida. Fue muy difícil. Además, fui a la escuela en un momento en que no había libros. Éste era el primer año de pre-universitario, después de una campaña de un año de “alfabetización” nacional. Yo había terminado el décimo grado en California pero tuve que repetirlo porque era el único año disponible en ese momento. De manera que algunos de mis compañeros de clase tenían dieciocho, diecinueve años. Que yo sepa, yo era la única “gringa”. Me gradué con un bachillerato en letras.

YMS: Entonces, ¿cómo decidiste lo que estudiarías después de acabar la escuela?

AV: Desde muy joven siempre dibujaba cada vez que tenía una oportunidad, y la gente suponía que yo iba ser artista; yo presumía lo mismo. Me

metí en problemas desde el principio por dibujar en vez de prestar toda mi atención a la escuela. También me interesaba la zoología. Por eso en mi instituto yo tuve que escoger entre entrar en un bachillerato de ciencias o de humanidades. Todos mis profesores de ciencia eran gusanos amargados muy derechistas, y mis profesores de humanidades eran revolucionarios, muy comprometidos, intensos e interesantes. Entonces... decidí matricularme en la Escuela de Letras y Artes en la Universidad de La Habana.

YMS: ¿Te identificabas con el proceso revolucionario?

AV: Sí, me identificaba mucho. Pero no estaba involucrada en él de forma organizada. Nunca me hice miembro ni fui invitada a entrar a ninguna organización política fuera de recibir la membresía automática en la FEU, la Federación de Estudiantes de La Escuela de Letras. En pre-universitario, yo vivía como en otro planeta. La gente era muy amable y simpática, pero yo era una estrafalaria. Era demasiado bohemia para la oficialidad. Pero las ideas del socialismo formaban parte de la cultura de mi familia.

FNM: ¿Te acuerdas de alguna experiencia específica donde te sentiste diferente, un momento epifánico en el que articulaste algo importante sobre tu identidad?

AV: Nunca hubo un momento cuando no me sintiera diferente, en cada uno de los mundos en que vivía. Yo era una extranjera permanente. Pero como momento epifánico, el que recuerdo primero, al pensar en Cuba en esos días, fue descubrir durante mi primer año allí que me sentía atraída hacia una mujer.

FNM: ¿Era ella compañera de clase?

AV: Sí. Una mujer joven de 19 años, que fue muy amable conmigo. Ella me protegía de la gente que intentaba aprovecharse de mi inocencia para hacerme repetir y decir cosas ridículas en español sin saber lo que significaban. Detalles como ésos. Una epifanía más grande después de "salir del clóset" fue darme cuenta de cuán tabú era ser gay en Cuba. Yo no tenía ni idea y me enteré rápido de que esto era arriesgado y peligroso.

FNM: Pues parece que tu conciencia sobre tu sexualidad estaba vinculada con tu conciencia de ser una extranjera. Es decir, que eras rara como lesbiana y como no-cubana.

AV: En ese momento, yo no até todos esos cabos ni tenía ese vocabulario. Mi amante era cubana, y por eso no identificaba ser gay con ser extranjera. Pero sí recuerdo que en la universidad hacíamos paralelismos, pensando que la gente gay allí eran los judíos de Cuba. Éramos los sospechosos, los intrusos inmorales.

FNM: Eso me recuerda una cita de Jean-Paul Sartre en la que dice que el estado cubano tenía que perseguir a los gays porque no había judíos.

AV: Ah, sí. En la universidad nos enteramos de Sartre y de lo que dijo, pero mucho después de ver la relación nosotros mismos.

YMS: *¿Entonces tuviste la oportunidad de relacionarte con una comunidad gay y lesbica?*

AV: En la universidad, definitivamente. En mis años de pre-universitario no había una comunidad así. Ser gay era un pecado secundario; nos preocupábamos más por otros asuntos. Para mí se trataba de una experiencia personal y no podía integrarla a ninguna otra parte de mi vida. Sólo había otra persona más que compartía conmigo esta parte de mi vida. Después de un tiempo, las personas que se enteraban de que yo era gay me advertían: “¡Ay, por Dios! Pobre americanita inocente. Esa invertida se está aprovechando de ti. Tienes que salirte de esta situación”. Fue entonces que descubrí la homofobia, pero en aquel momento no supe que esa actitud tenía siquiera un nombre. Ya en la universidad, todo el mundo sabía quién era y quién no era gay. Con quién tenías que tener cuidado y quiénes eran los tipos venenosos que nos perseguían. Tristemente, estos últimos frecuentemente eran miembros de la Juventud Comunista. Esto era muy triste y desconcertante para una izquierdista. ¡Yo adoraba mis clases de materialismo dialéctico! Me identificaba con la revolución, pero con el paso del tiempo, resultó evidente que los más intolerantes eran los “oficialistas” en posiciones de poder.

YMS: *¿Y cómo armonizabas las dos cosas?*

AV: Viviendo una vida esquizofrénica. Era muy extraño. Más tarde en mi vida, después de experimentar el feminismo de Nueva York en los años setenta, pude reevaluar esa etapa de mi vida y me preguntaba: “¿Cómo fue que soportamos algo así? ¿Cómo pudimos estar contentos y tener aventuras apasionadas y vivir, al mismo tiempo que aguantamos esa persecución y de todos modos seguimos identificados con la revolución?” 1964, '65, '66: esos años fueron malísimos. Los años de las purgas de la universidad, los campamentos de la UMAP, las redadas en las calles. A varios amigos míos se los llevaron a la UMAP.

FNM: *Todavía se discute por qué los gay fueron objeto de persecución. ¿Tienes alguna explicación sobre por qué pasó esto?*

AV: Nunca he intentado articular eso concisamente. He logrado atar varios cabos con el paso del tiempo. Una de las posibles causas, obviamente, fue el machismo puritano y la combinación desgraciada de tabúes católicos y estalinistas. También, cuando tienes un proceso social que es tan difícil, tan volátil, sometido a tantas situaciones tensas que ocurren al mismo tiem-

po, y en donde la sociedad está, y percibe que está, bajo amenaza, en una situación en que la gente está políticamente dividida y, al mismo tiempo, donde tantas cosas asombrosas y fabulosas están pasando, parece inevitable que la sociedad encuentre chivos expiatorios y nosotros, los gays de los años sesenta, lo fuimos. Hubo también otros chivos expiatorios, pero la gente gay fue la primera en la lista.

El fenómeno de la UMAP, ¿por qué pasó? Yo creo que porque había una mala voluntad contra la gente gay en ciertos círculos del gobierno. Todo esto fue vergonzoso y una pérdida de tiempo. Afortunadamente, los campamentos de la UMAP duraron pocos años, al menos hasta donde sabemos. Cuando regresé por primera vez en 1975, por ejemplo, recuerdo haber estado asombrada por una decisión sobre un caso de personas involucradas con un teatro que habían purgado en los años sesenta. Un hombre asqueroso y mezquino, no recuerdo su nombre, un burócrata a cargo del teatro en el Consejo Nacional de Cultura era responsable de expulsar a la gente, los titiriteros, los actores, etc. de sus trabajos. A ellos los tildaron de antisociales. Un grupo de esta gente hizo una apelación alrededor del 74 o del 75, en un circuito judicial relativamente alto, y lograron que los reinstituyeran en sus puestos. Les devolvieron sus trabajos. No se oía algo así a fines de los años sesenta. Yo recuerdo que ésa fue la primera vez que consideré que ser gay en Cuba era un proceso. Las cosas podrían cambiar. Me pareció entonces que quizás la gente gay no siempre ocuparía una condición de paria.

YMS: ¿Dirías que esta situación era más fácil para las mujeres?

AV: Yo creo que sí, relativamente. Nunca he oído de mujeres que fueran enviadas a la UMAP, sólo a los hombres gay, a los marijuaneros y a los testigos de Jehová los mandaban allí. Todos eran hombres. Lo que les pasaba a las mujeres es que las condenaban al ostracismo. Tal vez perdían sus trabajos o las despedían de la universidad. En el 64 o quizás el 65, tuvimos las depuraciones, pero no en mi escuela —Letras— que estaba bajo la protección de ciertas personas que no querían que esto pasara allí; pero en Arquitectura y en otras escuelas sí. Había asambleas espantosas donde humillaban y denunciaban a la gente públicamente por haber cometido “desviación ideológica” o “conducta antisocial”.

FNM: ¿Veías estos incidentes como producto o desviación de la revolución?

AV: Yo racionalizaba la homofobia oficial en esa época como un resultado de la respuesta puritana a lo que era Cuba antes de la revolución, junto con una veta estalinista que abarcaba toda esta actitud de rechazo. En las esferas oficiales, había tendencias políticas distintas; la forma de mirar o

tratar a la gente gay no era uniforme. Socialmente, había liberales y conservadores, aunque no se usaban esos términos. Los conservadores extremistas impusieron el peor tipo de represión. Pero había bastantes personas liberales en posiciones de influencia que obraban en secreto para hacer tolerable la vida, y que pasaban por alto el hecho de que algunas personas eran gays.

YMS: ¿Cuándo y por qué decidiste mudarte de nuevo a los EUA?

AV: Yo regresé en septiembre del 1972, por razones complicadas. Acababa de recibir mi diploma de la Universidad de La Habana, después de terminar una licenciatura en historia del arte. Quería trabajar como editora de cine, e intenté entrar en el ICAIC (Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos). Me entrevistaron para un trabajo, pero solamente lo podía aceptar si solicitaba la ciudadanía cubana. Yo no deseaba perder mi ciudadanía estadounidense. Es que no veía futuro allí para mí en el mundo de trabajo. En la universidad me entrenaron como historiadora del arte. Mis compañeros de clase se convirtieron en encargados de museos y administradores de las artes, y nada de eso me interesaba. Finalmente, un productor de cine estadounidense que visitó La Habana (con un pequeño estudio izquierdista que hacía documentales y que cerró hace tiempo) me ofreció una oportunidad de trabajo, si venía a Nueva York. También yo había pasado por tiempos difíciles (desde 1967) en la universidad; me había prometido que me graduaría, y que no me dejaría intimidar al punto de tener que irme antes de terminar mis estudios. Pero cuando me gradué quería librarme de la notoriedad que tenía como “esa gringa tortillera”.

YMS: ¿Qué quieres decir con tiempos difíciles en 1967? ¿Qué había pasado?

AV: Fue durante la peor parte de la represión anti-gay. Mientras estudiaba letras, una noche yo regresaba de ver una película con una amiga, y caminábamos por el Malecón, la avenida que está junto al mar. A ella se le podía identificar más fácilmente como gay, y de pronto nos atacaron dos tipos que iban manejando un carro. Se detuvieron, gritando indecencias. Al principio era: “Vengan niñas, vengan a divertirse con nosotros”. Cuando les contestamos que no, cambiaron rápido a: “¡Ah, pero si son unas lesbianas sucias!”. Se salieron del carro y nos atacaron. Esto fue en el 67. Yo tenía veintidós años.

FNM: ¿Las golpearon?

AV: Sí. Nos patearon y nos golpearon. Estos tipos estaban enojados y eran violentos. De pronto dos carros de policía sin placas se aparecieron en el lugar y nos llevaron a todos a la estación de policía. Los tipos se defendieron diciendo: “Es que estas lesbianas sucias estaban sentadas en el Malecón haciendo cosas indecentes. Se estaban besando y tocando...”. Esto era

una mentira flagrante. Nadie que fuese cuerdo soñaría con hacer algo así, habría sido un acto suicida.

YMS: ¿Entonces qué hicieron? ¿Te llevaron a la estación?

AV: La policía nos llevó a la estación donde mi amiga y yo descubrimos que nos habían transformado de víctimas de un ataque en acusadas. Nos acusaron de cometer el delito de “escándalo público”.

FNM: ¿Hubo un juicio oficial?

AV: Hubo dos juicios simultáneos, uno en la universidad y el otro en una corte pública. Ambos casos se extendieron durante mucho tiempo. Todavía me es incómodo hablar sobre esto: las vistas judiciales a las que tuve que comparecer a principios de 1967. La verdad es que no he hablado mucho sobre esto, desde mi conversación con Lourdes Casal al respecto, diez años después, en 1977. Todavía me resulta doloroso y tabú. Para darte una idea de lo complejo que fue ese proceso: nuestro juicio en la universidad lo presidió Carlos Amat, que en ese tiempo era decano de la Facultad de Humanidades. Sus trabajos previos incluían el de “fiscal especial de los Consejos de Guerra sumarísimos” y después el de fiscal de la “Microfracción” en 1968.

FNM: ¿Tuviste abogado?

AV: Ah, no. Esto no tenía que ver con la ley, esto era un asunto político.

YMS: Y entonces, ¿cómo funcionaba todo este proceso?

AV: Uno sólo comparecía después de recibir citaciones severas una y otra vez.

FNM: ¿De qué se te acusó?

AV: No me acuerdo claramente de los cargos. En los dos juicios, los cargos contra nosotras eran de “escándalo público”. En el juicio público, a los hombres los acusaron de asalto, probablemente. A nosotras nos ordenaron comparecer una y otra vez. Y en el juicio público, se dijeron cosas feas y vergonzosas en frente de una sala llena de espectadores que se burlaban. El juicio público continuó por más de un año. En cierto momento, cuando mi familia se fue de Cuba y yo me quedé, me mudé, y encontré un cuarto en una casa con unos amigos. Después de esto, no recibí más citaciones. De alguna forma la atmósfera política había cambiado y nuestro caso cayó en el olvido. Pero la experiencia nos atormentó a mi amiga y a mí durante muchos años después del incidente.

YMS: ¿Y tu amiga? ¿Se quedó allí o se fue también?

AV: Se quedó.

FNM: ¿Recibiste apoyo o la gente no quería bregar con el juicio?

AV: Pues, ésta fue una de esas experiencias en la que aprendí quiénes eran mis amigos. Quién era cobarde y quién estaba dispuesto a arriesgarse

al no rechazarnos. Fue una lección muy humillante. Hasta el año antes de los juicios, yo me reunía con un grupo de gente en la universidad, algunos un poco ensimismados, que se creían los más listos, los más intelectuales y los más chéveres, los más artísticos... que despreciaban a las personas que querían ser nada más que ratoncitos estudiosos. Durante los juicios, algunos de esos mismos ratoncitos estudiosos fueron muy valientes y solidarios, aun cuando no les convenía que los viesen hablando amablemente con nosotras, por nuestro estado de parias.

FNM: ¿Cómo fue tu partida? ¿Te arrepentiste de haberte ido?

AV: Una cosa que hay que tomar en cuenta es que no me fui enseñada. Las secuelas del asalto duraron más de un año, empezando en septiembre del 67, y yo no me fui sino hasta septiembre del 72. En ese momento, las cosas se habían calmado y yo me había graduado de la universidad. Después de la graduación, solicité inmediatamente la salida del país. Esto significaba encontrar un espacio disponible en un barco de carga a Canadá. El día de la partida fui al muelle, pasé por la aduana y por inmigración, y estaba a punto de embarcarme, cuando me detuvieron y me dijeron que inmigración había descubierto que desde que mi familia se había ido en el 68 yo estaba viviendo sin ningún estado legal, y que yo no existía oficialmente; por lo tanto yo estaba allí ilegalmente y no podría salir hasta que se aclarara mi situación... Como ésta no era la primera situación absurda al estilo de Kafka que ocurría con las autoridades, no me asombré. Pero estuve completamente varada, pues ya me había despedido de todo el mundo, había regalado todas mis pertenencias y había salido de mi casa. La burocracia de la universidad que había atendido a mi familia como "técnicos extranjeros" me colocó en el Hotel Riviera, donde me quedé en el limbo, esperando salir. Mi estado se aclaró mágicamente y me pusieron en otro barco de carga después de tres meses, días después de que mi amiga, que sufrió conmigo los juicios del 67, regresó tras concluir su estancia como becaria del programa de verano en Oxford, Inglaterra.

F NM: Comentaste antes que la primera persona con quien compartiste esta experiencia fuera de Cuba fue Lourdes Casal. ¿Dónde y cuándo conociste a Casal?

AV: Yo conocí a Lourdes en Nueva York, a través de mis amigos del Teatro de Orilla, un grupito de teatro latino que yo conocía y con el que me reunía entre 1972 y 1976. Mi círculo de amigos coincidía con algunas de las mujeres que participaron en las Brigadas Antonio Maceo. Tuvimos muchas conversaciones sobre el exilio y sobre Cuba, pero no le hablé sobre los juicios hasta un año después de que había escrito el poema titulado con mi nombre.

FNM: Lourdes Casal formó parte de un grupo muy pequeño que podía viajar libremente entre La Habana y Nueva York, debido en parte a su ambiguo estilo literario y político. ¿Cuál era su meta?

AV: Pues, yo no puedo decirte cuál era su meta política final, pero ella parecía querer poder hablar de cosas que eran tabú para los dos lados de la comunidad cubana. La única forma en que ella podía lograr esto era cultivando una personalidad pública muy ambigua: haciéndose accesible y potable a personas con ideas políticas muy diversas. Ella podía hablar con derechistas rabiosos y oficiales ortodoxos del gobierno cubano. Era un imán para reunir a la gente, una diplomática muy hábil.

FNM: ¿Crees tú que el hecho de que ella era “gay” representó alguna dificultad particular para sus esfuerzos diplomáticos?

AV: Eso no lo sé. Yo sólo puedo especular sobre ella y su relación con la isla. Yo la conocí en Nueva York. Y no creo que fuese obvio que ella era gay.

YMS: ¿No? Porque yo tuve una experiencia muy extraña cuando fui a la Universidad Internacional de Florida (Florida International University) a participar en una conferencia, y leí una ponencia sobre Lourdes Casal, y un hombre dijo que todo el mundo sabía que ella era lesbiana y que no entendía cómo es que ella se atrevió a hablar sobre una comunicación armoniosa entre los dos lados de la comunidad cuando mucha gente en Cuba la rechazaba. Él dijo que ella andaba de la mano con otras mujeres en público...

AV: Para mí ésa es una noción ridícula. Yo no creo que ella hubiera andado tomada de la mano con mujeres en público en Cuba en los años sesenta o setenta. En todo caso, quizás iba tomada de la mano aquí en Nueva York, pero no allá. Uno no hacía eso. Excepto algunas personas a quienes les gustaba estar en los límites, personas como Reinaldo Arenas, que decidió ser escandaloso, sabiendo que le traería problemas. Pero cualquier persona que quería vivir una vida razonable y que se quería quedar en la universidad o quería conservar su trabajo no se agarraba de la mano en público, y punto. En los sesenta uno tampoco se podía tomar de las manos en Kansas. Hay que recordar que de esto hace casi 40 años.

FNM: Yo encontré una cita de Arenas que decía que Lourdes Casal dirigía el “Comité de defensa de la revolución” en Nueva York, y que él pensaba que ella realmente había traicionado a la comunidad gay por tener relaciones amistosas con un gobierno que perseguía a los gays.

AV: [Risa]. Bueno, él estaba amargado. Escogió un estilo de vida extremadamente confrontacional. Estudiaba en la Universidad de La Habana al mismo tiempo que yo, y recuerdo que no era una buena persona.

FNM: Pero la pregunta más amplia es: ¿estaba Lourdes involucrada en esa conversación —aunque fuese en privado—, la conversación sobre la persecución de los gays en Cuba? ¿O ella prefería pasarlo por alto?

AV: Yo no sé cómo ella trataba este asunto con los demás. Nosotras no hablamos de eso. Ella escuchó mi historia con compasión, pero sin comentario.

FNM: Sin embargo, como ella era lesbiana y el estado cubano había sostenido posturas políticas contra la homosexualidad, ¿crees que los círculos oficiales pasaron por alto su sexualidad debido al trabajo político que ella hacía?

AV: Eso es posible, pero no habría sido inusual. Ocurría todo el tiempo que la sexualidad de las personas era pasada por alto. En un mundo pequeño, todo el mundo sabe quiénes son todos los demás. El tabú es solamente una herramienta útil cuando resulta conveniente. Todos sabemos de líderes prominentes en el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC) que eran gays en esos días, ¿no? Y en Letras, por ejemplo, todo el mundo sabía cuáles de nuestros profesores eran gays. Todo dependía de la posición social de la persona y de si sabía cómo conducirse. Y también de tener la suerte de no estar en el lugar equivocado a la hora equivocada. En tiempos particularmente tensos, como a mediados de los sesenta durante las “depuraciones”, si le caías mal a tu jefe o al jefe de tu jefe y eras gay, o si un líder estudiantil en tu escuela te tenía en la mirilla, entonces usaban eso en tu contra. Eso pasaba todo el tiempo.

FNM: Quizás la gente sabía que ella era lesbiana pero no lo querían admitir.

AV: Quizás, pero para la persona de la calle ella no proyectaba la imagen de una lesbiana. ¿Han visto fotos de ella?

FNM y YMS: Sí.

AV: Quizás algunas personas la reconocían como muy “bucha”, pero ella no era marimacho en una manera que provocara a los homófobos, en mi opinión, porque tenía un cuerpo pesado. No tenía la belleza que llevaría al típico macho cubano a mirar y decir: “¡Coño qué pena! ¡Qué desperdicio!”

FNM: ¿Crees que el hecho de que ella no era atractiva en el sentido convencional la desexualizaba?

AV: Sí, absolutamente. Ella era una matrona con un aire de marimacha. Yo creo que en la calle no se veía como una lesbiana que llamara mucho la atención y a la que se podía agredir, como le pasaba a muchas otras personas.

FNM: ¿Cuál fue la respuesta de Lourdes a tu experiencia?

AV: Me escribió una carta bonita que me alegró de tener todavía.

FNM: ¿Crees tú que de haber sabido lo de tu experiencia, Lourdes habría titulado su poema clásico sobre la experiencia de la diáspora cubana “Para Ana Veltfort”?

AV: Quizás lo hubiera escrito un poco diferente. Eso es bien posible. En aquellos días uno medía con mucho cuidado lo que decía y a quién se lo decía, y se tomaba su tiempo con lo que decía. En este momento de mi vida, yo no tengo problema de vivir abiertamente como lesbiana. He pasado bastante, han transcurrido treinta años o más desde que esto ocurrió, y ya no me importa. Yo no soy persona que se odie como algunos cubanos que conozco que hasta hoy niegan su sexualidad, a pesar de que todo el mundo lo sabe y es raro ya que les importe. Quizás los que están obsesionados con este tema con respecto a Lourdes caen en esa categoría.



Querida Ana:
 Muchas veces me he sentido tentada de llamarte,
 después de nuestra conversación del otro día - sin saber
 exactamente por qué.
 No lo hice porque no hubiera sabido qué decirte.
 Y sin embargo, me sentía sobrecogida por una especie
 de inmensa ternura. Si no hubiera sido por la
 incertidumbre acerca de tu reacción, las posibles ambi-
 guedades de interpretación y tu fachada altiva
 (que siempre me sobrecoge un mucho), hubiera
 querido cargarte y acunarte aquella noche,
 dejarte saber mi solidaridad y mi cariño
 y compartir contigo el dolor de la memoria, de
 manera más explícita.
 En cuanto regresé, te llamo.
 Te quiere,
 f.

Carta de Lourdes Casal a Anna Veltfort.

FNM: Hay un rumor de que este poema tiene este título porque el impresor confundió la dedicatoria con el título. ¿Fue un error?

*AV: No, Lourdes habría mencionado algo al respecto cuando se imprimió en *Areíto*, y a mí nunca me lo dijo.*

FNM: ¿Cómo explicas el que “Para Ana Veltfort”, que se lee con frecuencia como uno de los textos más importantes sobre lo híbrido de la cultura cubano-americana, esté dedicado a una americana que nació en Alemania y se mudó a Cuba cuando era adolescente?

AV: Lourdes entendió mi experiencia como exiliada triple (Alemania, EUA, Cuba). Yo también le podía decir que en la comunidad latina progresista de Nueva York, sentía de nuevo que no pertenecía. No encajaba en ninguna categoría. Creo que algunos pensaban que yo pretendía ser una latina de Nueva York. Lourdes entendía la universalidad del exilio, que se extiende más allá de la insularidad y la singularidad de la experiencia nuyorican/cubana/latina. Ella era la única que lo entendía, y yo estaba muy agradecida. No creo que Lourdes estuviera tratando de escribir “el poema definitivo del exilio cubano-americano”. No creo que ella se estuviese encerrando en las fronteras de las políticas de la identidad, sino que se refería al exilio como una tristeza universal.

FNM: Yo le pregunté a una amiga mía que si sabía quién era Anna Veltfort y me dijo: “Era una leyenda lésbica en La Habana”. Pero entonces le pregunté: “¿Qué quieres decir con eso?” Y me dijo: “Yo no sé. Pero eso es lo que he oído”.

AV: Quizás es arrogante decirlo, pero creo que eso es cierto. Muchos me veían como una criatura exótica. Sólo el ser una gringa lesbiana, con una vida social completamente cubana, y que estaba involucrada en la vida universitaria, me atrajo mucha atención que yo no deseaba. De muchas formas yo no encajaba en aquel espacio, pero de otras formas sí. Los cubanos gays tenían como una conspiración para la supervivencia a la cual yo me integré mucho.

FNM: ¿Crees que tu detención y tu juicio tuvieron algo que ver con esta leyenda?

AV: Sí. Desafortunadamente se difundió como uno de los chismes más calientes de la universidad, al menos por un tiempo. Yo no podía caminar por ningún sitio en la escuela sin que la gente me señalara y dijera: “Ahí va”. Yo odiaba eso. Por eso venir a Nueva York fue un gran alivio, porque aquí yo no era nadie, y nadie me miraba. Finalmente llegué a ser benditamente invisible. Ustedes me preguntaron antes, ¿cómo compaginaba la represión de los gays en Cuba con mis ideas políticas? Yo no sé cómo contestar eso. Cuando describo esta experiencia ahora, la gente pregunta: “¿Por qué no te

fuieste inmediatamente?” Pero yo tenía una vida allí, y para la vida del momento era lo normal. Era como era, y era todo lo que conocía.

FNM: Entonces parece que para mucha gente gay el proceso revolucionario ha sido una experiencia agrídulce.

AV: La verdad es que sí. Pensábamos en esa época: “Pues, sufrimos con esto; nos persiguen por esto; pero la revolución y su futuro son más importantes. Nosotros creemos en esto y somos parte de este proceso y no nos pueden negar eso, y algún día venceremos estas cosas negativas”. Esto destruyó a mucha gente, y muchos de los que se fueron se amargaron profundamente y resultaron heridos más allá de todo consuelo. Pero también hay personas que viven ahora en Cuba que nunca dejaron de odiarse y que negarán sus verdaderos seres para siempre ante el mundo exterior. Otros no. Yo conozco a personas gays que viven allá que ven que el ambiente ha cambiado, y que se han dado la oportunidad de exponerse a esta nueva experiencia. Ellos viven públicamente como gays y todo el mundo lo sabe y no es la gran cosa.

YMS: Entonces, ¿cuando regresaste a Cuba no había ningún rastro de ese caso que afectara tu entrada al país?

AV: Jamás supe más de eso. El caso se esfumó porque se trataba de la política de fines de los años sesenta. Nunca fue un asunto puramente legal, aunque nosotras tuvimos que lidiar con citaciones legales y con el sistema en un contexto irracional y loco. La ley no tenía nada que ver con todo esto; por ejemplo, un amigo mío de la universidad —un gordito, calladito, muy afeminado pero muy serio, estudiante de los clásicos— estaba parado un día en la esquina de la L y la 23 con nuestro profesor de latín durante la época del terror de la UMAP, y de pronto un carro sin placas se acercó y dos hombres lo agarraron para llevarlo a un campamento de la UMAP. No supimos de él por seis meses, no sabíamos si estaba vivo o muerto. ¿Los cargos? Alguien, en algún lugar decidió que él era maricón, y los maricones eran “antisociales contrarrevolucionarios”. ¿Quién necesita las leyes?

FNM: ¿Creen tus padres todavía en el sueño?

AV: Ah, sí. Pero se han calmado un poco con los años. Las cosas negativas han quedado atrás. Para ellos la revolución cubana es un símbolo valiente y desafiante de la resistencia a un imperio malo.

FNM: ¿Cómo te sientes en cuanto a Cuba ahora? ¿Te identificas como nuyorquina y ya está?

AV: No hay respuesta simple para esa pregunta. Yo soy nuyorquina, pero también soy cubana. No me siento alemana. Me resulta indiferente ver

Alemania otra vez. Quizás iré otra vez, porque mi hija tiene curiosidad, pero no hay mucho allá para mí. Son Cuba y este país lo que llevo adentro.

FNM: *¿Por qué te identificas con Cuba?*

AV: Allí me hice adulta. Es un lugar en mi corazón que quiero con mucha ternura y con un poco de tristeza: "La sufrida..."

FNM: *Jamás he oído esa expresión.*

AV: ¿De veras? Expresa la tristeza por la manera en que las cosas no son como las habíamos imaginado, pero también un amor por lo que pudo haber sido, y por lo que parecía ser por un rato, y por lo que de cierta manera sigue siendo ●

Bibliografía

- Ardín Pauneto, Aixa, 2001, "Elyíbiti: historia del activismo LGTBTT en Puerto Rico desde los 70 a mediados de los 90", tesis de licenciatura, Bachillerato de Estudios Generales, Universidad de Puerto Rico.
- Arenas, Reinaldo, 1998, *Antes que anochezca*, Tusquets, Barcelona.
- Arenas, Reinaldo, 1995, *Viaje a La Habana: novela en tres viajes*, Ediciones Universal, Miami.
- Argüelles, Lourdes y B. Ruby Rich, 1990, "Homosexuality, Homophobia, and Revolution: Notes Toward and Understanding of the Cuban Lesbian and Gay Male Experience", en Martin Duberman, *et al* (comps.), *Hidden from History*, Meridian, Martin Duberman, Nueva York, pp. 441-455.
- Armengol, Alejandro, 2003, "El closet político: enfermos, degenerados y desafectos: la trinidad del machismo revolucionario contra los homosexuales rebeldes", *Cubaencuentro.com*, 27 de noviembre. <http://www.cubaencuentro.com/opinion/20031223/7e1a0aea4366973c1c6d33ba488d9a77/1.html>.
- Behar, Ruth, 2002, *Adio Kerida/Good Bye Dear Love: A Cuban Sephardic Journey*, Women Make Movies, Nueva York.
- Behar, Ruth (comp.) 1995, *Bridges to Cuba/Puentes a Cuba*, University of Michigan Press, Ann Arbor.
- Behar, Ruth y Juan León (comps.), 1994, "Bridges to Cuba/Puentes a Cuba", *Michigan Quarterly Review*, otoño.
- Bejarano, Margalit y Haim Avni (comps.), 1996, *La comunidad hebrea de Cuba: La memoria y la historia*, Instituto Abraham Harman de Judaísmo Contemporáneo, Universidad Hebrea de Jerusalén.
- Bejel, Emilio, 2001, *Gay Cuban Nation*, University of Chicago Press, Chicago y Londres.

- Casal, Lourdes, 1973, *Los fundadores: Alfonso y otros cuentos*, Ediciones Universal, Miami.
- Casal, Lourdes, 1981, *Palabras juntan revolución*, Casa de las Américas, La Habana.
- Casal, Lourdes, 1982, *Itinerario ideológico: antología*, ed. María Cristina Herrera y Leonel Antonio de la Cuesta, Instituto de Estudios Cubanos, Miami.
- Casey, Calvert, 1962, "El regreso", en *El regreso, cuentos*, Ediciones Revolución, La Habana, pp. 107-124.
- Crespo-Kebler, Elizabeth, 2003, "'The Infamous Crime against Nature': Construction of Heterosexuality and Lesbian Subversions in Puerto Rico", en Linden Lewis (comp.), *The Culture of Gender and Sexuality in the Caribbean*, University Press of Florida, Gainesville, pp. 190-212.
- Cruz-Malavé, Arnaldo, 1998, "Lecciones de cubanía: identidad nacional y errancia sexual en Senel Paz, Martí y Lezama Lima", *Cuban Studies* 29, pp. 129-154.
- Díaz, Jesús, 1985, *Lejanía*, ICAIC, La Habana.
- Edelman, Lee, 1992, "Tearooms and Sympathy, or the Epistemology of the Water Closet", en Andrew Parker *et al.* (comp.), *Nationalisms and Sexualities*, Routledge, Nueva York, pp. 263-284.
- Epps, Brad, 1995, "Proper Conduct: Reinaldo Arenas, Fidel Castro, and the Politics of Homosexuality", *Journal of the History of Sexuality*, vol. 6, núm. 2, pp. 231-283.
- Errol Daniels, 2003, *Cuba: A Jewish Journey*, Errol Daniels Photography, Nueva York.
- Fiol Matta, Licia, 2002, *A Queer Mother for the Nation*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Fowler, Víctor, 1998, "Cubanidades liminares", *La gaceta de Cuba*, vol. 36, núm. 5 (septiembre-octubre), pp. 15-17.
- Fowler, Víctor, 1998a, "Homoerotismo y construcción de la nación", *La gaceta de Cuba*, vol. 1, núm. 36 (enero-febrero), pp. 2-6.
- Fowler, Víctor, 1998b, *La maldición: una historia del placer como conquista*, Editorial Letras Cubanas, Habana.
- Fowler, Víctor, 2004, "Futuros cubanos: el encuentro homoerótico", *Habana Elegante*, abril 21.
- García, María Cristina, 1996, *Havana USA: Cuban Exiles and Cuban Americans in South Florida, 1959-1994*, University of California Press, Berkeley.
- González, Reynaldo, 1998, "La cultura cubana con sabor a fresa y chocolate", *Cuba, una asignatura pendiente*, Di7 S.L., Palma de Mallorca.
- Grupo Areíto, 1978, *Contra viento y marea: jóvenes cubanos hablan desde su exilio en Estados Unidos*, 1ª ed., Siglo Veintiuno, México.

- Gutiérrez Alea, Tomás y Juan Carlos Tabío, 1994, *Fresa y chocolate*, Buena Vista Home Video, Burbank, California.
- Jesús Díaz, Miguel Barnet, y Ricardo Diez, 1981, "Homenaje a Lourdes Casal", *Areíto*, vol. 7, núm. 26.
- LaFountain-Stokes, Lawrence, 2002, "'De un pájaro las dos alas': Travel Notes of a Queer Puerto Rican in Havana", *GLQ* 8.1-2, pp. 7-33.
- LaFountain-Stokes, Lawrence, 2004, "Las raras", *debate feminista*, vol. 15, núm. 29.
- Levine, Robert, 1993, *Tropical Diaspora: The Jewish Experience in Cuba*, University Press of Florida, Florida.
- Lumsden, Ian, 1996, *Machos, Maricones, and Gays: Cuba and Homosexuality*, Temple University Press, Filadelfia.
- Montero, Oscar, 1995, "Julián del Casal and the Queers of Havana", en Emilie Bergmann y Paul Julian Smith, Duke (comps.), *¿Entiendes?: Queer Readings, Hispanic Writings*, University Press, Durham y Londres, pp. 92-112.
- Obejas, Achy, 1996, *Days of Awe*, Cleis Press, Pennsylvania.
- Obejas, Achy, 1996, *Memory Mambo*, Cleis Press, Pennsylvania.
- Paull, Laura, 1995, *Havana Nagila*, Schnitzki & Stone Production, New Jersey.
- Paz, Senel, 1991, *El lobo, el bosque y el hombre nuevo*, Edición Homenaje, La Habana.
- Portela, Ena Lucía, 1999, *Una extraña entre las piedras*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.
- Quiroga, José, 2000, *Tropics of Desire. Interventions from Queer Latino America*, NYU Press, Nueva York.
- Ramos, Juanita, 2004, *Compañeras: Latina Lesbians (An Anthology)*, 3ª ed., Latina Lesbian History Project, Nueva York.
- Ríos Ávila, Rubén, 1998, "Caribbean Dislocations: Arenas and Ramos Otero in New York", en Sylvia Molloy y Robert McKee Irwin (comps.), *Hispanisms and Homosexualities*, Duke University Press, North Carolina, pp. 101-119.
- Rivera Valdés, Sonia, 1997, *Las historias prohibidas de Marta Veneranda*, Ministerio de Cultura de Colombia y Casa de Las Américas, La Habana.
- Rivero, Eliana, 1995, "Lourdes Casal o la experiencia del biculturalismo", *La gaceta de Cuba* 4 (julio-agosto), pp. 34-35.
- Rodríguez, Juana María, 2006, "Getting F***d in Puerto Rico: Metaphoric Provocations and Queer Activist Interventions," en Frances Negrón-Muntaner, (comp.), *None of the Above: Contemporary Puerto Rican Culture and Politics*, Palgrave (en prensa), Nueva York.
- Sánchez-Eppler, Benigno, 1994, "Call My Son Ismael: Exiled Paternity and Father/Son Eroticism in Reinaldo Arenas and José Martí", *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, vol. 6, núm. 1, pp. 69-97.

- Sánchez-Eppler, Benigno, 2000, "Reinaldo Arenas, Re-Writer Revenant, and the Re-Patriation of Cuban Homoerotic Desire", en Cindy Patton y Benigno Sánchez-Eppler (comps.), *Queer Diasporas*, Duke University Press, Durham y Londres, pp. 154-182.
- Santí, Enrico Mario, 1998, "*Fresa y chocolate*: the Rhetoric of Cuban Reconciliation", *Modern Language Notes*, núm. 113, pp. 407-425.
- Schnabel, Julián, 2000, *Before Night Falls*, Fine Line Features, Estados Unidos.
- "Sexual Politics in Latin America", 1998, *NACLA*, vol. 31, núm. 4.
- Simó Ana María y Reinaldo García Ramos, "Hablemos claro" *Mariel*, núm. 11 (primavera), pp. 9-10.
- Smith, Paul Julian, 1994, "The Language of Strawberry", en *Sight and Sound* (diciembre), pp. 30-33.
- Smith, Paul Julian, 1996, "*Fresa y chocolate*: Cinema as Guided Tour", en *Vision Machines. Cinema, Literature and Sexuality in Spain and Cuba, 1983-93*, Verso, Nueva York y Londres, pp. 81-98.
- Smith, Paul Julian, 1998, "Cuban Homosexualities: On the Beach with Néstor Almendros y Reinaldo Arenas", en Sylvia Molloy y Robert McKee Irwin (comps.), *Hispanisms and Homosexualities*, Duke University Press, North Carolina, pp. 248-268.
- "The Jews of Cuba", <http://www.jewishcuba.org>, 22 de febrero de 2005.
- Torres, Lourdes e Inmaculada Pertusa, 2003, *Tortilleras. Hispanic and U.S. Latina Lesbian Expression*, Temple University Press, Filadelfia.
- Torres-Saillant, Silvio, Ramona Hernández y Blas Jiménez (eds.), 2004, *Desde la orilla: hacia una nacionalidad sin desalojos*, Editora Manatí, Ediciones Librería La Trinitaria, Santo Domingo.
- Wilkinson, Stephen, 2000, "Reading Homosexuality in the Cuban Revolution", en Francisco Domínguez (comp.), *Identity and Discursive Practices: Spain and Latin America*, Peter Lang, Berna, pp. 283-323.
- Young, Allen, 1972, "The Cuban Revolution and Gay Liberation", en Karla Jay y Allen Young (comps.), *Out of the Closets: Voices of Gay Liberation*, Douglas Book, Nueva York, pp. 206-228.
- Young, Allen, 1981, *Gays Under the Cuban Revolution*, Grey Fox Press, Oregon.